

DISCURSO DE LUIS LAVAUUR

Señoras y señores:

Pues bien. Dada la brillantez, competencia y aura juvenil de la señorita María José, fiel al signo de su apellido, y a la magistral lección sobre San Fernando acabada de pronunciar en la iglesia por el padre Redondo, sucedió lo que tenía que suceder. Expresado en un dicho inglés, que sentí me segaban la yerba bajo mis pies. Dicho en español, que en sus disertaciones, por valiosas, quedaban tocados cuantos puntos mi mortecina preparación sobre el tema me permitiría exponer.

Consciente de eventualidad tal, curándome en salud y en aras de una mayor variedad, resolví imprimir a mi intervención cierto sesgo estratégico, para, sin perder contacto con la evocación de nuestro santo patrón, y en pos de más amplia perspectiva, abordar la memoria de San Fernando distanciándome un tanto de ella. Evaluándola en relación con la figura de San Luis, rey de Francia, primo carnal del no menos santo rey de Castilla y León.

El hecho de presentarlos hermanados, creo encuentra harta justificación en las concomitancias históricas y morales entre ambos personajes, idóneas para con ellas elaborar unas Vidas paralelas, que, a diferencia de los de Plutarco y de Euclides, y santificadas por la Iglesia, sus líneas vitales terminan por encontrarse en el más allá.

El paralelismo, y en un contexto rigurosamente cronológico, se inicia en los años primerizos de ambos personajes, a través de un hecho determinante y crucial en la totalidad de sus respectivas biografías. Un hecho trascendente que en el plano histórico y moral les entrelazará de por vida. La formación integral de cristianísima inspiración que recibieron en su aprendizaje del oficio de rey. Obra de dos egregias féminas castellanas, volcado su amor y desvelos maternos sobre unos hijos privados de padre, herederos de unos reinos regidos por estas dos mujeres durante las minorías de sus hijos. Se trata de la reina doña Berenguela, en el caso de San Fernando, y de su hermana doña Blanca de Castilla, en el de San Luis, hijas ambas de Alfonso VIII, el de las Navas.

Como no pudo ser menos en los azarosos tiempos en los que les tocó reinar, es inevitable el comparecer en las historias generales ambos monarcas, acaudillando empresas guerreras de alto bordo. El impulso, ciertamente decisivo, impreso por San Fernando a la Reconquista, elocuentemente lo glosó el padre Redondo. Diferente el caso de San Luis, pese a promover y liderar dos Cruzadas. La verdad es que si por algo se distinguió como gobernante el santo francés fue por su espíritu pacifista y conciliador y su rechazo de la guerra convencional. Hecho no contradicho por sus Cruzadas. Como para Pedro el Ermitaño, fueron para él «Gesta Dei per Francos», actos de fe, la obligación cristiana de rescatar el Sepulcro del Salvador.

En cambio, fueron de índole primordialmente política las guerras de San Fernando emprendidas con dedicación plena contra la morisma invasora. Razón válida para que al instarle su primo a participar en la Cruzada de ultramar, el monarca castellano declinara sus invitaciones alegando una razón de peso: el tener a los infieles dentro de casa. En otras palabras: que la Cruzada bien entendida empezaba por uno mismo.

En cuanto a los frutos de sus guerras respectivas surge patente la supremacía del castellano. No hace mucho, y en una de las sabrosas reuniones vespertinas de Speiro, apostillaba don Juan Vallet un hecho manifiesto y sin vuelta de hoja. Que San Luis perdió todas sus guerras mientras San Fernando ganó todas las suyas. Lo que no deja de constituir un estimable mérito en un soberano metido en estas lides.

Ocasión oportuna para recordar el no registrarse en la época conflicto armado alguno entre franceses y españoles. Eventualidad descartada por las óptimas relaciones existentes entre San Fernando y el hijo de doña Blanca de Castilla.

Tan excelentes como en un contexto extracastellano y más hispánico mantuvo el francés con Jaime el Conquistador. Quien pudo hacer bueno su epíteto gracias al disfrute de una retaguardia exenta de amenazas, condición necesaria para el fulgurante desarrollo de sus reconquistas, dignas de equipararse por su extensión con las del rey castellano.

En otro tipo de actividades, hermanan a ambos santos sus claras inclinaciones catedralicias. Y en pleno siglo XIII. El siglo de oro de las catedrales. Al influjo del francés deben su esplendor las catedrales de Chartres, Reims, Amiens y otras, y en París la maravilla de la Saint-Chapelle, construida a sus expensas para relicario de la Corona de Espinas de Nuestro Señor, comprada al emperador de Constantinopla. En cuanto a San Fernando, baste recordar que bajo su égida inician sus buenas hechuras las catedrales de Burgos y Toledo, bajo obispos franceses, y equipos de tracistas y peñeros súbditos de San Luis.

Las analogías persisten en el plano de la cultura. Si San Fernando realza los Estudios Generales de Salamanca, adscribiéndoles los de Palencia, contribuye a la gloria de San Luis la fundación de la Sorbona, en la orilla derecha del Sena (en cuyas aulas se encontrarían San Ignacio y San Francisco Javier), apoyando con su peculio una iniciativa de su capellán, Roberto de Sorbon.

Ineludible en un cotejo entre ambos santos constatar la patente universalidad del francés comparada con la más limitada, más doméstica, del español. Disparidad subrayada por el número y ubicación de los templos erigidos por Europa bajo la advocación de San Luis (hasta 1936 existió en Madrid uno que yo conocí, en la por esta razón aun llamada Red de San Luis. Especial mención merece en Roma su bellísima iglesia, ornados sus altares con soberbios lienzos de Caravaggio).

En la universal nombradía del francés, aparte de primacías nacionales, actuaron factores de orden cultural, que en la conciencia colectiva de la Cristiandad imprimieron hondas huellas de su personalidad. En clara diferencia con el santo rey de Castilla y León, cuya proyección sufrió los efectos de cierta penuria de datos sobre su persona. Poca cosa aparte de inevitables menciones de sus empresas bélicas, y de su piedad, a partir de la Estoria de Lucas de Tuy y de las perentorias crónicas generales de la baja Edad Media. Por lo demás, las comparencias documentales del rey castellano se limitan a la sequedad textual de figurar firmando donaciones, cartas pueblas, repartimientos territoriales, indicativos de sus desplazamientos y de su buen hacer regio, pero vacíos de referencias reveladoras de los perfiles humanos de su ser.

Muy diferente lo acaecido con San Luis, de quien al poco de morir circularon por Francia varias biografías exaltando, y con ejemplos concretos, detalles de su rica existencia. La gloria del monarca

debe no poco al especial privilegio que disfrutó al mantener a su lado un cronista excepcional y de altos vuelos. Nada menos que el señor Jean de Joinville, como todos recordaremos, autor de una deliciosa Vida de San Luis, por la frescura y plasticidad de su redacción, aun hoy referencia obligada y en lugar de honor en todo manual de Historia de la Literatura francesa.

Obra en la que consta un dato expresivo de los sentimientos del autor respecto a su biografiado. Al confesar que muerto su rey y señor acostumbraba elevar hacia él oraciones en un altar erigido a su memoria en la capilla de su castillo de Champagne. Entregado a una práctica devota surgida antes de la canonización del sujeto de sus preces.

Las circunstancias concurrentes en la canonización de ambos santos es episodio que de modo relevante reitera la desigualdad de trato o valoración que vengo reseñando. Proyectado el proverbio castellano de que el que tiene padrinos se bautiza, las prácticas de la curia vaticana en la materia suministran sólidos motivos para parafrasear el adagio observando en que al que contó con padrinos lo canonizaron. Y ningún padrino mejor que el padrinazgo de una orden religiosa.

Promovida su causa por la joven orden franciscana, a cuya Orden Tercera perteneció San Luis, elevándolo a los altares a los veintisiete años de muerto y con celeridad notoria, Bonifacio VIII.

(Sirve de precedente, entre otros, el que aún se invirtiera menos tiempo, cuatro o cinco años, en la canonización de Santa Isabel de Hungría, reina de Turingia, otra ilustre perteneciente a la Orden Tercera de San Francisco).

A estas alturas, permítaseme, para con el respeto debido, aludir al influjo de contingencias políticas en los procesos de beatificación tramitados por la Sagrada Congregación de Ritos. Cuestión en la que franceses y españoles contamos con ciertos motivos de reflexión, confrontados con hechos tales como el que se tardaran más de cien años en incoar los primeros procesos a algunos mártires de la Revolución francesa, y el que durante los pontificados de Juan XXIII y Pablo VI no fuera posible —o conveniente— realizar diligencia tal, respecto a los mártires religiosos en nuestra guerra civil.

Retornando desde las beatificaciones a la canonización, la diligencia merecida por la de San Luis contrasta con la demora sufrida por la del rey castellano, decretada en 1671 por el ancianísimo Clemente X. Bien es verdad que en el tránsito del desde siempre apellidado Fernando III el Santo, al rango de San Fernando, actuó una atenuante de consideración. Sucedió que, como de antiguo ocurría en otros puntos de la Cristiandad, antes de ser canonizado en Roma, el pueblo rendía culto al Rey Santo en varios puntos de Andalucía.

Lo mismo sucedió con la robusta devoción en el arzobispado de Toledo a San Isidro Labrador, Santa María de la Cabeza, el culto hispano a la Inmaculada antes de ser declarado dogma en 1854.

Años después se quiebra patéticamente el paralelo entre los santos reyes que hemos tratado de mantener, visto el destino final de sus respectivos restos mortales. Desaparecidos los del francés, con su mausoleo, en 1793, triturados al asaltar las turbas revolucionarias de los Sin Dios la abadía de Saint Denis. Mientras el incorrupto cuerpo de nuestro Santo Patrón prosigue recibiendo veneración, entronizado desde su fallecimiento en la magnífica Capilla Real de la Catedral de Sevilla, y en el corazón de los amigos y seguidores de Speiro.